

Abiscia monserrat

En una hamaca vieja, mientras ventila una brisa fría, llenando mi corazón de pesares... aún hay insomnio en mí, la vieja guitarra se mantiene en su silencio, quieta y pusilánime, al igual que mis dedos... recordaré mi sueño al despertar mañana, tal vez lo haga hoy, el cansancio se aqueja en mi cuerpo, trabajo arduo, matando las responsabilidades: el recoger día a día, de las batallas perdidas e inusitadas, del agotamiento sin locuras, ¿y todo por ser mejor? Ahora me cubro del mal tiempo, entre un lejano momento se confunden mis sonrisas con el llanto, llamando a aquel amigo que cuida de mí cual si fuese un viejo, en soledad, abandonado... esperando un fin, quien se sienta en las sillas y, mira ese verde de esperanza, trayendo, llevando recuerdos de esas épocas complejas, en las que cada día el pan, no se pedía ni ganaba, cuando eran guerras de mil y una noche con las cuales partieron los suyos, esas ilusiones, alegrías, intenciones de ser y continuar... en esta hora lo están niños, jóvenes, muchos a quienes cierta vez he visto, sólo que en instantes se queda en blanco mi memoria: aquí hay varios talentos por explorar, débiles, de acabar sin fuerzas, en algún medio no se reconocen, registrándose andan en el anonimato, los mantiene esa convicción meditada e incomparable... quienes en el vientre llevan las semillas de sí mismos, la incomprensión, no hace caso al cariño del vivo milagro, que se concibe por un amor profundo, sin importar la condición, lo material sobra cuando la entrega así decide: igualmente infantil y poco les enseñamos, crecen, al iniciar o finalizar... de prisa sin detenerse salen a buscar sus rumbos por caminos con horizontes claros, pardos... muchos se pierden, otros regresan, conciliando por mantener aquella luz encendida, inalcanzable, apartada, se siente la meta. En el presente son mis pequeños y paso a paso se volverán hombres, seguramente tendrán un pensamiento dispuesto y extraño, serán quizás quienes manejen la nueva historia de esta madre tierra, que vio nacer a mis padres, sus hijos que concebirán nietos más tarde. Quisiera estar aquí, poder encontrar la libertad, la dependencia encadenada a



Fotografía: Flor Alba Santamaría.

mis pies, para dejarla, y ser feliz, que miente ante mi ingenuidad, rayando la mente de alzheimer, obedeciendo a la necesidad... jactando mi alma.

Ayudar a quienes no lo pidan, desinterés en la avaricia, sin mezquindad injusta, conservando a quien adora a aquella que se arrastra, descomplicada escapando, ¿de quién huye? Ahorraré engaños pasajeros, para quienes los disfrutaron, como quien quema lo que no se ve en las cartas, ¿nunca saben?, siempre fingen en lo verdadero de la intimidad, sin admitir o entender errores, bailan pasodoble a expensas del joropo de casta... mi joven evolución transcurrió en años ociosos, con hojas desmoronadas, secas por un zar astro, y arrojadas al basurero, como he de conservar mi taciturno ser... que se inclina, ante la humildad de quien pasea, misántropo, con sus manos entre bolsillos color café, las arrugas que aparecen con gestos sutiles, por las calles renovadas del mercader de mercaderes... Así amanecen hoy junto a la fogata encendida en el huerto de la vieja Gabriela, tan querida mi señora encantadora, ha sido siempre mi géiser de inspiración, en noches de padecimiento golpeando en la puerta: mi soltería no se deshace jamás, mas este amar inédito, presencia mis versos, ella, con su bastón camina, quimera, sin que mis emociones se hagan evidentes... después de las fábulas curiosas hacen compartir mi té, sin azúcar pero

dulce al ser recibido de su delicada y digna mano... ¡Ay!, señora mía en este divagar usted me lleva por los sitios recónditos, de este vallecito, su nombre lo invoca, con pasividad y certeza, para dejarlo a la paz venidera, que con un aroma suave, como el del café, en las tardes viene y luego se marcha, para aventurar otros soñadores, asimismo, este anciano... las señoras están por ahí, comprando cosas, quitando lo feo de sus andenes, realizando quehaceres y oficios para recibir en un ambiente amable, a sus familias: las tiendas, para distraerlas observando artículos que tanto les agrada, la eficacia de quienes exhiben sus esfuerzos, el buen trabajo de hombres y mujeres, madurando ideas, para modernizar y complacer el mayor capricho oculto. Hay quienes están en las camillas, del hospital, con dolencias o prontos a marcharse, en sus profesiones nos refugiaremos en cierta ocasión, cuando venga el agotamiento y aislamiento de todo humano al despedirse, que en este destierro, mis pasares del tiempo, sean de calma, como cuando el viento abraza aquellas palmeras altas que traen un suspirar más hondo... que no se sientan las hipocresías, que sean claras sus sonrisas, sin intenciones de agravio, que sean jugadores del ajedrez cristal, para que en él se refleje... si se corre bien, apaciblemente, se llega a alguna provincia, de lo contrario se frustra, del traspasé ninguna contri-

ción vale más tarde... soy un escritor, pintor, un enfermo... a la vez estoy, quiero salvaguardar esa esencia, deseosa de dádiva, que se me ha brindado, para obtener el boleto al cruce de la existencia... sin mis lágrimas no expresaría estas vibraciones preclaras, y tal sería la sigilosa oscuridad de este ranchito, más desusado que su dueño, con Bartolomeo, un compañero que espanta cualquier recelo... tan fiel, ha sabido sobrellevar mis males de genio, acariciar mi mano, y guiarme al perderme por mi amnesia... esperando dejar huella en mi hermano, que comparte conmigo su vivir; ...me siento sin ánimos, de pronto miro a través de la ventana... los sollozos resbalan y transito en un segundo azabache... no puedo irme, sería un cobarde pero luego vendrá una invitación a fugarse... de mis palabras vacías y rebeldes no depende el bienestar foráneo; soy polvo, con un habla distinto, hay razones por las cuales proveerlo todo, lo haría por mi amigo perenne y quizás, este pueblo ha querido retenerme para procurar sobrevivir... no quiero morir sin antes despertar... este fue el maravilloso sueño que tuvo Oliver, en su hamaca de lirios celestes, se enaltece, el lugar donde existo, estos fragmentos los dedico a quien para mí es, y que sus quimeras vivan por siempre... luz, bienaventuranza, fortaleza y movimiento especial e irremplazable.

Vigilla

Tal vez al caminar, pensaba en por qué se había alejado; no hallé respuesta, me senté al lado de un árbol en el parque de Vauldúi, escuché unos pájaros cantar, y su recuerdo me susurró en aquella ventana, donde divisaba los hombres enmascarados; se estremeció mi cuerpo, me levanté, decidiendo ir a caminar por un lugar desconocido, donde mis intentos de escapar se hicieran realidad, me abandonó a su pasado: intangible y amado; irreconocible era, a mi nadie me había enseñado a mirarle de forma distinta, aún cuando me ha sido evitable olvidar, ¿qué podría hacer en los tantos o pocos días que me restaban? Era complejo determinarlo, en una milésima o cualquier fracción de tiempo, mas en mi interior le revelaba con vehemencia y respeto:

“Ayer soñé que regresabas, y nuevamente creías en mí; precisamente ayer, volví a sonreír en mis cavilaciones nocturnas, al regresar a casa; ilusoriamente supuse, en lo que mi limitada existencia, podría esmerarse, para que, al menos, con desprecio, comprendieras todo... y no juzgaras por lo que denotaba mi silencio, imaginaba como eres, tus movimientos los estudiaba en mi memoria, no había que marcharse pronto, habiendo cesado la tiranía, ¿quién sufriría?, uno lo hacía, bajo su rostro iluminado de nobleza: quien continuaba saludando y conversando herméticamente con las mismas personas”.

- ¡Ve a curarte y no te mueras así!
- ¡Qué caso tendría!, pueda que me destroce más.

Su frase de esperanza me sanaba: “Sabré cómo encontrarte”, sabía que tenía algo en común conmigo, sin conocerme antes.

- Aunque...
- ¿Me haya abandonado?
- No me refería a eso, ¿aunque se haya alejado sin explicar razones o motivos?



Fotografía: Archivo Flor Alba Santamaría.

- Debe ser que quien se equivocó, fui yo; sin embargo me dio gusto verle, en la persona humana y fraternal, que era: alguien que apareció; y en soledad sin contar, me dejó. Y siempre he de inspirarme en como era o es, junto a los arboles que cubren, el anochecer, del firmamento, que se ha desdibujado sobre nuestras cabezas; y yo aquí arrodillándome sin pedirle nada, ni siquiera la incertidumbre de pensar en mí, y nunca la confusión de amarme.
- Acaso, ¿has perdido la cordura?
- No, mas te aseguro que si fuese de las gentes, el amor puro, en nuestros seres, no entraría lo opuesto con demasiada fuerza, como sucede, mas tendré a mi lado, unos brazos, que me alzarán en mi crepúsculo.
- Sin poder asegurarlo... vivirás un poco más.
- No tengas presentes mis locuras, aléjate de este mal que en esta hora me aqueja.
- Como me agrada el arte, no lo son las promesas y los juramentos.
- Me he jactado de ti, no obstante te agradezco por tus oídos sordos.
- ¿A dónde iras?

- Deja de preguntar, en lugar de resolver algo en cuestión, por ti mismo.
 - Si llegaras a necesitarme, ¿vendrías de nuevo?
 - He dicho que me iré, no cuando volveré; porque estamos de acuerdo en lo de la tonta intención de las promesas.
 - ¡Vaya!, entiendo... adiós.
 - Fatalistas son las despedidas, porque tienen una carga de frustración, apego e incertidumbre.
 - Entonces simplemente: ¡nos veremos luego!
 - Y cómo lo sabes, ¡aquí no hay futuro; jamás estará a tu alcance, ¡porque no existe!
 - Si quieres, puedes responder a lo que sigue: ¿si no está, por qué esperar?
- Eres muy viejo para comprender cosas de niños...en los años que vendrán, volverás a pensar sobre lo que te he dicho, a veces hasta los problemas te faltan, porque tienes la capacidad de asociarlos con mayor facilidad, a lo cotidiano.
 - A veces temo de conocerte, mas me conforta y es extraño

Se quedó en solitario, y entre tanto salí pasándome las manos por el cabello, recibiendo la humareda de la ciudad que no descansa y pulula podredumbre; ¿y si viniese...? Siento que pasaría mi vejez, y la enfermedad me acabaría, mas no tanto como su ausencia.

MARY MIDOYA POVEDA TORRES
Licenciatura en Pedagogía Infantil – I Semestre
Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Magnificat: tributo a Frau Eva

Mí bello lucero taciturno
 Has aparecido otra vez
 En el crepúsculo
 Para iluminar mi camino.
 ¡Cuánto has dado de vivir
 A mi alma solitaria!
 Te conviertes en flor
 Que no marchita nunca
 Ni los años te pasan
 Germinarás una y otra vez
 Haciendo vida a la vida misma.

El viento y la naturaleza
 Te hicieron sagrada,
 Como hermosa
 Magnífica eres
 Y solo escucho tu voz
 En la alegría del barullo
 Del riachuelo.
 Bendita, no se cómo decirte
 Que a mi vida
 Y a mí, anciano de vivir
 Las arrugas de mi corazón
 Has eliminado
 Te lo diría escribiendo en el viento
 O atravesando mares extraños
 O más bien en aquello
 Sencillo pero extraño:
 Y es que tu alma
 Rehace amarte,
 Y ya no cabe en esta habitación
 Ya no me cabe en el cuerpo
 Aflora de mí,
 Como los amagos de la primavera.

A ti, todo honor
 Y poesía larga:
 Siendo ella
 Tú, hecha niña y mujer.

Nuestra historia está
 Escrita a letra bien hecha
 En idiomas ilegibles
 Sólo a nosotros visible



Fotografía: Archivo Flor Alba Santamaría.

No bastará con cantarte,
 Ayudado de mis rezos
 En tu nombre
 Te alucino en una paradoja
 Cerca y a la vez
 Lejos de ti.

No, magnífica
 Tu rostro no pierde su brillo
 Es el mío que enaltece
 En una oscuridad
 En la que clandestino
 Te amo y escribo.

En las manos que vida
 Darán, como flor
 Niña y mujer
 Lucero de mi sendero
 Al decir amarte
 Digo poco, pues aumenta.

Hija del sol y la luna
 El barullo del riachuelo y el viento:
 El cielo a mí se acerca
 En tu figura celeste.
 Hoy a Frau Eva alucino, en un siempre
 Que hará eterno en el cielo.

SERGIO RODRÍGUEZ SANMIGUEL

Escuela Superior de Administración Pública (ESAP)

Estudiante de pregrado – IX semestre